



EL AÑO QUE ES DOMINGO

Por EUGENIO MONTES

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA)

EL JUBILEO
EN ISRAEL

«Tú contarás siete sábados de años, siete veces siete años, y los días de esos siete sábados de años harán cuarenta y nueve años. El décimo día del séptimo mes tú harás resonar el Jobel; el día de las Expiaciones harás vibrar el Jobel en todo vuestro país. Y santificaréis el año de la cincuentena. Y en todo el país, y para todos sus pobladores, publicaréis la liberación.»
(LEV., XXV, 8.)

palabra que en hebreo designaba primeramente cordero; después, el cuerno; por último, el instrumento resonador. Todo tiempo del *Jobel*, o Jubileo, era, pues, para los hebreos, el año de la gran llamada, que convoca a expiación y liberación.

Todo él tenía luz de sábado, porque no se trabajaba la tierra, dejándola en barbecho, a la buena de Dios. El son del *Jobel*, el Jubileo, eximía, por tanto, de la suma pena a que fuimos condenados por la adámica culpa. Recordemos el explícito texto, incontrovertible y decisivo. ¿O ya somos todos tan protestantes, tan calvinistas, tan mentirosos, que, con sacrilega

Con la crin a la siniestra y a la diestra la pluma, San Jerónimo aclimató en la «Vulgata» el vocablo *jubilans* para designar este tiempo del *Jobel*.



Su Santidad el Papa, Pío XII da los golpes de ritual sobre la Puerta Santa.



Solemne momento de la apertura de la Puerta Santa de la Basilica de San Pedro.



Su Santidad el Papa, derrumbada la Puerta, atraviesa solemnemente el santo umbral.

ficción, vamos a seguir llamándole hipócritamente virtud a lo que el Todopoderoso llamó castigo?

Para herejes anglosajones y holandeses martillantes, el trabajo no sólo es en sí virtuoso, sino que constituye la única, exclusiva y absolutoria virtud, el propio Sumo Bien. Ya lo sabes. Si ardiendo en caridad no exaltas pornográficamente la oficina, eres inmoral y precito como doña Etica te enseña; mientras si laboras veinticinco horas al día, mereces el arzobispado anglicano de Canterbury o el deanato de Kansas City, aunque se te haya empedernido el corazón. Todo te será justificado y absuelto si sudas, no si amas. Así le corregimos la plana al Creador, quien, por lo visto, se equivocó de medio a medio al darle a Adán el trabajo por pena, en vez de dárselo como premio, dicha, señal de elección, diploma paradisiaco y no sé cuántas cosas más. Pero, con permiso de cuáqueros y con licencia ordinaria de Mr. Ford y Mr. Truman, el Levítico dice: «No sembraréis, no cosecharéis lo que la tierra produce por sí misma, ni vendimiaréis la viña no podada. Porque el Jubileo será para vosotros una cosa sagrada», un Año Santo (XXV).

Y dice más, mucho más. Que al oír el son del *Jobel*, al primer toque de la trompeta jubilar, se liberarán tierras y personas. O sea: se restituirán los patrimonios familiares y se declararán finiquitos los contratos de quienes hubiesen vendido sus bienes queridos o sus propias personas bajo el acoso de la pobreza. Porque la tierra no pertenece al hombre, sino a Dios. El la distribuyó

a los hijos de Israel, es decir, a sus hijos, por tribus, clanes, familias; y quiere que esta distribución subsista. En consecuencia, si mordido por el hambre alguien vendiera su prado o su hogar, solamente lo habría cedido hasta el año del Jubileo, en que el bien familiar retornaba a la familia, como la oveja al rebaño. Esto hacía inalienable el bien de la familia, poniendo coto al latifundio y a la excesiva desigualdad social.

La sabiduría de la Ley se revelaba hasta en el pormenor concreto de los casos particulares, distinguiendo entre casas urbanas y campesinas. Las de entremuros no volvían necesariamente al dueño antiguo: sólo las casas aldeanas o de extramuros eran parte, miembro, de la persona. «En el Año Santo la propiedad volverá a cada uno de vosotros...; pues no se enajenan las tierras para siempre, ya que el país es mío, y vosotros sois en mi país como extranjeros y gentes de paso», sentencia del Altísimo. «Si, empobrecido, tu hermano vendiera su propiedad y pudiera luego pagar el rescate, cuente los años transcurridos desde la venta... Si no puede pagar el rescate, quede el bien vendido en las manos del comprador hasta el Año Santo; pero entonces vuelva a su propiedad, y que el comprador lo deje.» (Lev. XXV, 23-27.)

Así, restituidos cada medio siglo a sus personas y sus cosas, en oyendo el *Jobel* los hebreos acudían jubilosos a los lugares de piedad, peregrinando donde Isaac cumplió el sacrificio, a la tumba de Abraham; o del pozo de Jacob, a Jerusalén.



El Ministro de Asuntos Exteriores de España señor Martín Artajo, que presidió la misión española.



El Ministro español y el Sr. De Gasperi, Presidente del Gobierno italiano, asisten al solemne acto.



Terminada la ceremonia, S. S. Pío XII es conducido en la silla gestatoria.

ROMERIA MEDIEVAL

«Es mi quinto viaje a Roma,
y quién sabe si el último.»
(PETRARCA, «Epist. seniles», VIII, 1.)

Porque el planeta no es nuestro país humano, y somos en él «extranjeros y gentes de paso», cristiandad equivale a peregrinación. Propiamente, la Iglesia se define

como el Reino de Dios en misteriosa condición peregrinante. Entre polvareda celeste y polvareda terrestre pasa el Medieval por el Milagro y la Historia. Europa nació andando al lento ritmo de infatigables bordones. Iba a Jerusalén, con la esperanza de rescatar el sepulcro del Señor. Y a Compostela, con el no sabido impulso de pontificar sobre el Océano. Y

«O Roma felix, quae duorum Principum
Horum cruore purpurata, ceteras
Excellis orbis una pulcritudines.»

Color de púrpura martirial y cardenalicia, te vi en atardeceres cercanos, desde el Palatino, mientras mis labios repetían el madrigal sin noche del *Thesaurus*. Al pie, rumor de fuentes claras y de sandalias sordas. «Cuantos caminos van a Roma, resuenan de confusos ruidos», cuenta, canta en-

vuelto en multitud de esclavinas, nuestro Prudencio, allá en el siglo IV.

¡Qué de estupores, leyendas y prodigios narraban los romeros al retorno, calentando sus manos ateridas al fuego hogareño! Santa Ursula nada pudo contar, porque al regreso la asaltaron y martirizaron en un bosque los bandidos —gente tal vez de los Orsini—, como bien nos dice el Carpaccio en una de las más bellas crónicas pintadas por pincel humano. Pero a otros, las horas se les pasaban embebidas contando de las cadenas apostólicas y de marmóreas ruinas ilustres. Ya circulaban guías: los *Mirabiliaeurbis*. Delanteros eran entonces los anglosajones. Y tantos, que para ellos se hizo la primera hospedería, *Schola Saxonum*, a mediados del VIII. Y tan hermosos, que ya sabéis cómo, al ver unos mancebos querubines, dorados y rosados, un Papa preguntó:

—¿De dónde sois?

—Angli.

—*Non angli, sed angeli*—les corrige, sonriente y paternal, la voz acariadora con tiara.

¡Bella era Europa cuando era azul el cielo! ¡Hermosa Inglaterra, antes de la parda, avinagrada, herejía! Entonces sentenciaba el venerable Beda aquello de «mientras haya Coliseo..., habrá mundo». Y a San Moluca, pidiéndole permiso para despedirse y desertar, su maestro San Moedoc se lo rehusaba así: *Nisi videro Roman, cito moriar*.

¿Pero había jubileos propiamente dichos en las centurias más remotas de



Su Santidad el Papa, Pío XII, recibe al Ministro de Asuntos Exteriores de España, Excmo. Sr. D. Alberto Martín Artojo.



El Cardenal Alejandro Verde, Arzobispo de Santa María la Mayor, de Roma, abre la Puerta Santa de la citada Basílica con el martillo donado, siguiendo antigua tradición española, por Su Excelencia el Jefe del Estado español.

la Edad Media? ¿O acaso sólo recomenzaron cuando del otoño gótico resurgió la luz feliz del Renacimiento? Unicamente esta segunda hipótesis explica la conmoción que recorrió todo el cuerpo del ecúmeno al saberse, a finales del doscientos, que Bonifacio VIII iba a conceder remisión absoluta de pecados a cuantos, *urbi et orbe*, acudieran a arrodillarse ante las tumbas apostólicas. ¿Indulgencia plenaria? En superlativo *Non solum plenam et largiorem imo plenissimam*, confirma la bula *antiquorum*. Esa romería jubilante en la raya de los siglos XIII y XIV, dejó huella. ¡Y qué huella!

Un florentino de gran nariz, queriendo prolongar la peregrinación, trasciende por caminos de tercetos al otro mundo.

De mano de Virgilio franquea Dante la puerta infernal el lunes santo, 4 de abril de 1300, *l'anno del Giubileo*.

*«Veramente da tre mesi ha tolto
chi a voluto entrar con tutta pace.»*

(Purg., II, V, 33.)

Tenía el más trinante y pajolero rui señor aretino diecisiete años al morir Dante en 1321. Su alma, en contrapunto de tierno vidrio herido, sufre lo que, con palabra neutral o peyorativa, llamamos «crisis», pero que él llamó, certeramente, «renovatio». Esta Renovación o Renacimiento florece de dicha al pisar, con peregrino paso, la urbe jubilante y laterana del 1350. Una carta a Bocaccio describe cuánta salud le dió a su espíritu el Jubileo: «Vine fervorosamente a poner fin a mis pecados juveniles, que me cubrían de sonrojo.» De esquina a esquina busca Petrarca por la urbe un amigo entrañable que vivía borde al Tíber. Le desazona no encontrarlo; pero, a la larga, su soledad se consuela y felicita porque si no «en vez de visitar las basílicas con devoción católica, hubiesen callejeado con curiosidad de poetas». (Epist. de Rebus, fam. XI.) Yendo de Esquilino a Aventino con Dionisio Ruidrejo, esas palabras me acudían a la memoria como reproche y aviso, temiendo que la *curiositate* poética ante cada fontana, cada arco y cada columna, me distrajese de la *devotione catholica*. Pero, más sincero que el aretino, me atreví a confesarme que la curiosidad es el atrio, la belleza, las jambas, y la poesía, el pórtico por donde, católicamente, mis trémulos pasos acceden a la devoción. Los caminos de Dios son infinitos. Tomen otros los de la fealdad; a mi me mueven e impulsan los de la Hermosura. Si yo fuese al Paraíso, creo que pasaría antes por ese paisaje de mármoles antiguos entre Esquilino y Aventino, y me gustaría, Señor, me gustaría ir así, con Dionisio al flanco —y con Samuel al fondo—, bajo pinos romanos escarchados por la pajarería petrarquesea.

LA PUERTA SANTA

¿Verdad que no pequé, Padre, cuando al martillar Vuestra Santidad la Puerta Sacra, mientras el pueblo fiel contenía el respiro, yo os ponía en contrapunto y eco

los endecasílabos del Tasso al Apóstol?

*«Chiaman a te che sei Petra e sostegno
Della maggion di Dio fondata e forte,
Ove ora il successor tuo degno
Di grazia e di perdono apre la porte.»*

Como gracia perfecciona naturaleza, así la inspiración permite y completa la respiración que se contiene. Recogían los «sanpetrini» el menudo polvo, entre la máquina menestrala del andamio y las cuerdas. Tradición, tradición. Las hojas de preciado metal se abrían como páginas del Vitruvio.

Luego, blanco, luminoso, fulgente, el Pontífice, desde la silla gestatoria, al casi extático aire de su vuelo, palomar del Altísimo, nevé su beatitud sobre nuestras cabezas. Era una rosa de brillos, deshojando, en palpables e ideales pétalos, la instantánea primavera de lo Eterno. Mediodía solar, tras Sol, dando en paousia, con la Vida el Espíritu, con la efusión radiante el reflejo.

Efusión: no supimos sujetarnos. En el arrebató del

minuto, un transporte sin dueño, momento de privilegio, irrumpimos en voceros clamores con la clara algarabía de cien confusos idiomas. Y hasta, opacas palomas sordas, vuelo oscuro y terrestre, eco del esplendoroso campaneo, nuestras manos desalaban en aplausos la alada vibración del ámbito que El bendecía.

De esos vítores, uno, me atravesó el pecho, asaetadora esquirra de Europa herida. El oleaje de la muchedumbre me había encallado en un islote de peregrinos tudescos, hacia la nave izquierda de la Basílica. Difícilmente seguíamos desde allí el cabeceo de la barca pontifical, que, con su estela de arzobispos, abades mitrados, diáconos, «malteses» y suizos, lentamente bogaba rumbo al altar mayor. Ya nos resignábamos en ese archipiélago a recibir tan sólo las salpicaduras lejanas del itinerario divino, cuando, en propicia racha y por providencial maniobra, la bucentaura de Cristo onduló hacia nuestro litoral. Entonces la onda renana y bávara, en movimiento incontenible, se arrojó con suplicantes lenguas a la maternal playa, al seno hospitalario de la Santa Madre Iglesia, al arrecife y espuma del gran pecho de Dios. ¡Viva el Papa de todos. Hasta de los alemanes! Nunca voz humana me conmovió a tal punto. La bendición del Pontífice se repitió tres veces, con dilección amorosa, sobre esa grey sufrida. Y mis lágrimas cayeron, calientes y fraternas, sobre la raída solapa de un muniqués demacrado y transido. El cristianismo es llorar los unos por los otros; el catolicismo, alegrarse en común.

* * *

No acabaría nunca si contase todas las resonancias y alrededores de esos sublimes días en que se abrió el Año Santo. Aquel momento en que, al salir de la apertura, se enracimaba el pueblo en la Plaza de San Pedro, queriendo ver todavía una vez más al Papa. Y cómo éste, al asomarse a una ventana, dió su última bendición a la multitud y al aire. Bendición que una brisa sutil y delicada trajo, singular y conjuntamente, a los pliegues casi enlazados de una bandera española y otra argentina. Porque eso que la frivolidad llama Azar, la fatalidad llama Destino, y el cristiano debe llamar Providencia, nos reunió a todos los peregrinos hispanos, aun sin acuerdo taxativo, precisamente bajo esa ventana vaticana, con las piafantes fuentes del Bernini a la espalda.

Emoción de la mañana en que Su Santidad recibió a la misión española. Sublime trance de arrodillarse ante El, de besar su mano, de oírle así, cerca, persona a persona. Fué en su biblioteca privada. Yo, mientras esperaba mi vez, tentado por el ángel, ya caído, ya enhiesto, de la curiosidad, miraba los lomos de sus libros íntimos. Mucha Teología, mucha literatura moderna —claro—, y, entre volúmenes aquinianos —¿lo digo?; ¿por qué no decirlo, si es verdad?—, abierta, la colección de esta revista MUNDO HISPANICO.

Alegría de la tarde en que Martín Artajo recibió en la Universidad Angélica, bajo el ala fornida de Santo Tomás, el doctorado «honoris causa», que sólo poseen en el mundo Maritain y Gilson.

Fervor —¿y orgullo?— del rosario que rezamos en nuestra Basílica más propia, en la del patronazgo hispano Santa María la Mayor. Está en el Esquilino, sobre los restos clásicos del huerto de Mecenas, que dió laureles para Virgilio y Horacio, Ovidio y Propertio. Dionisio Ridruejo es testigo de cómo, hallándonos los dos en este divino andurrial, y teniendo yo en la mano un libro abierto, una brisa graciosa, moviendo inadvertidos árboles, dejó delicadamente una hoja antigua en mis páginas, en prenda de nostalgia y amor.

Esta Basílica «in super agro» nos quiere, y es por nosotros, hispanos, querida. Ahí está contra el Pórtico, pomposo, retórico y apuesto, un Felipe IV de Lucenti. Y en el techo, con el toro de los Borgia, el primer oro que vino de América a Europa, regalo de Isabel y Fernando a Alejandro VI, que eso hizo España con la entraña india: llevarla a todo lo alto, al techo de la cristiandad.

Deber y privilegio de nuestros Reyes era donar el martillo para abrir la Puerta Santa de esa Patriarcal, a la vez que el Papa la de San Pedro. Franco asumió esa noble tradición de la católica Monarquía, y un martillo de la artesanía toledana dió este año los toques jubilaires de lo Eterno. Fueron tres. ¿Pero quién contará nunca los de mi corazón en esos días romanos?



TU * EST * PETRUS
ET * SUPER * HANC *
PETRAM * ÆDIFICABO
ECCLESIAM * MEAM ..

LARA